

# LA MURALLA

Me permito, si bien con ciertos reparos, publicar un documento que en su día pasó desapercibido, sin duda como consecuencia de la gran confusión y escándalo acaecidos tras el horrendo descubrimiento del cementerio de los Hombres Desconocidos. Como psiquiatra y responsable de esclarecer el proceso que condujo a tal número de infelices a semejante barbarie a lo largo —al parecer— de siglos, es mi deber prevenir a los lectores que el presente escrito, muy similar a los hasta ahora publicados, no ofrece dato nuevo alguno que contribuya al esclarecimiento de un asunto que tan profundamente ha consternado a la conciencia social de nuestra época. Las conclusiones que del mismo se extraen sólo corroboran mi tesis (apoyada por la mayor parte de mis colegas) sobre la existencia de un extraño tipo de enfermedad “psicosocial” desconocida hasta el momento. El origen de la misma hay que buscarlo en la reacción aberrante que se produce en la mente de los sujetos que, debido a deformaciones educativas, carecen de la capacidad para establecer una interacción normal con el resto de la sociedad. Estos sujetos son primeramente víctimas de alucinaciones; después comienzan a comportarse como si realmente existiese esa “muralla” a que hacen referencia los escritos encontrados. Finalmente, ya en una etapa avanzada de la enfermedad, todos inician el éxodo hacia un lugar donde aguardan la muerte en común, lugar sobre el que, curiosamente, parece existir un acuerdo tácito entre ellos. Hemos comprobado que determinados animales sometidos a condiciones ambientales adversas durante un largo periodo sufren alteraciones de conducta relativamente semejantes. No deja de sorprendernos, sin embargo, la enorme escala a que este fenómeno se ha venido produciendo, de manera desapercibida para nosotros, a lo largo —al parecer, insisto— de siglos.

Paso, sin más dilación, a transcribir este nuevo texto, fruto, al igual que los ya publicados, de una mente enferma y sin esperanza. El escrito, fechado en el mes de enero de 1985, es decir, hace casi un siglo, dice así:

“En el límite de mi desesperación, exhausto de intentar lo inalcanzable, me decido, temblorosa la mano, a escribir, en un vano intento por liberar esa angustia que me destruye las entrañas. Posiblemente mis palabras sólo sean un largo lamento, falto de coordinación y de sentido lógico que, seguramente, jamás llegará a nadie...”

Llevo años, una vida podría decir, intentando sortear la muralla sin resultado alguno. Lo he intentado por todos los medios. Recuerdo que una vez estaba convencido de poder atravesarla si, equipado de buenas

herramientas, excavaba con tesón. Excavé durante un año, dos, tres... A veces me parecía avanzar, aunque en seguida comprobaba que era mi deseo convertido en espejismo lo que me hacía creer en el inexistente avance. Sin embargo, a pesar de ver que con mis extenuantes esfuerzos ni tan siquiera lograba hacer mella en la muralla, yo persistía en mi empeño, seguro de que un día abriría brecha en ella... Aún hoy paso las horas muertas arañándola, con la exigüe ilusión de lograr lo que ni un gran torrente de agua haría en miles de años.

A este lado de la muralla todo es agonía, todo es oscuro, el viento helado y la lluvia nos azotan continuamente. Vivimos de cara a la muralla, sin ver que hay detrás, pero sabiéndolo. La muralla no tiene límites (no tenemos noticias de que los tenga). Algunos han subido a lo alto de la montaña para intentar ver desde allí a los seres del otro lado, pero sólo han conseguido sufrir más al oír nítidamente las voces procedentes de ese mundo feliz.

Aquí todos nos ignoramos mutuamente. Todos fingimos no ver ni oír nunca a los demás. Esto, que pudiera parecer absurdo, es, sin embargo, una regla que nadie debe quebrantar. Cada uno debe buscar una manera discreta de hacer creer a los demás que en realidad él habita al otro lado del muro. Hay quienes en un loco intento por atravesar la muralla se lanzan furiosamente contra ella una y otra vez (acaso esperando un milagro) hasta que, desgarrado el cuerpo, y mientras se desangran, sonríen satisfechos de haber cumplido con lo que consideran su deber para con los seres felices del otro lado. La escena es horripilante, pero se repite continuamente.

También son muchos los que han decidido ignorar la muralla. Se comportan como si no existiera, y miran con menosprecio a los que, no más infelices que ellos, se arrastran a su alrededor, mientras imitan grotescamente las risas provenientes del otro lado. Nos incitan constantemente a comportarnos de la misma manera; dicen que es la única vía posible. La mayoría de nosotros, sin embargo, sentimos pena por ellos. Todos vemos la muralla delante, ¿quién puede negar su existencia?, de qué sirve, pues, el ignorarla.

Cada vez son más los que llegan, los que vienen a incrementar el número de desdichados que aquí vivimos. Se pueden contar por miriadas los que arriban a diario. Proceden de todos los continentes y países. Al llegar aún conservan en la faz el esbozo de una sonrisa adolescente. Están seguros de poder superar la muralla sin dificultad (¡todos pensamos eso al principio!), sólo cuando alcanzan a verla de cerca una expresión de horror se va dibujando en sus rostros...

Hay quienes se resignan y parecen ser capaces de vivir con la vista fija en la muralla, aceptándola como nuestro fatal destino. Pero estos, como todos los demás, inician un llanto desgarrador cuando oyen las lejanas voces del otro lado que, alegres, rebosantes de felicidad, cantan a la

vida. Esos momentos son terribles para todos nosotros. Cuando escuchamos los cantos provenientes del otro lado de la muralla todos, sin excepción, nos dejamos rodar por los precipicios de lodo, mientras un llanto inmenso y desgarrador, que estremecería a los lobos, se eleva hacia lo alto. Algunos se tapan los oídos, pero de nada sirve, porque, inconcebiblemente, todos ansiamos escuchar esas voces, ¡envidiamos tanto a los que allí viven!

Otros dicen que la liberación aún es posible, y repiten mecánicamente letanías que enseñaron antiguos profetas, y que, según ellos, fueron dichas para nosotros; esas palabras constituyen para muchos la esperanza de la liberación que resignadamente esperan. Pero incluso ellos dudan en su corazón que los antiguos profetas, u otros más cercanos, sospechasen de nuestra existencia.

Lo más triste es ver cómo nos ignoran los seres felices del otro lado. Es verdad que han corrido rumores de que algunos de ellos trabajan desde allí para destruir esta maldita muralla. Pero todos sospechamos que esto es falso: los seres felices no ven la muralla, viven de espaldas a ella, ¡qué les importa a ellos nuestra angustia! Si un día nos vieran sin duda se horrorizarían, llorarían como nosotros al ver el abandono y el olvido en que se nos ha sumido durante siglos.

Al otro lado de la muralla nadie oye nuestros lamentos. Allí todo es vida. Los hombres felices se alientan, se comunican, se aman... ¡por qué esta terrible injusticia?, ¡qué delito hemos cometido nosotros?... ¡Estoy seguro de que conseguiré atravesar la muralla! ¡he de conseguirlo!... ¡pero el tiempo pasa!, ¡Oh Dios misericordioso, por qué? ¡Debo seguir intentándolo! ¡debo seguir! ¡Ay, por qué esta maldición sobre nosotros!"...

A partir de aquí sólo aparecen en el texto lamentaciones, imprecaciones a Dios, e incluso blasfemias, todo ello a penas legible y embozonado, sin duda debido a las copiosas lágrimas vertidas por el autor sobre el papel.

Dr. Gerd Bötte,  
Gottingen, a 11 de  
diciembre de 2081.

Brasas

Brasas es el seudónimo de Juan A. Herrero-Brasas, escritor español que actualmente cursa estudios graduados en el Departamento de Inglés de UCLA.